

CONVERSACIÓN CON JUAN PABLO JIMÉNEZ*

Reportaje realizado por

Matilde E. Vitullo**

¿Cuál es, a tu criterio, el malestar de la cultura de nuestros días?

La verdad es que esta es una pregunta difícil de responder en un contexto global. El psicoanálisis, en realidad, y haciendo la analogía con un psicoanálisis que trata a un paciente particular, se mueve en el nivel de la comprensión singular de ese paciente, es decir, en un nivel muy integrado; por lo tanto, me es más fácil hablar del malestar en la cultura en nuestros días, pero en mi país. Quizás habría que discutir cuánto de eso es universalizable, porque yo creo que el malestar en la cultura en Europa o en los Estados Unidos tiene rasgos particulares que quizás no compartimos acá en América latina. Y mi país tiene ciertas características bastante particulares, porque salimos de un período prolongado de dictadura militar, entre el '73 y el '89/'90, es decir diecisiete años, a la que le siguió un período llamado de "transición a la democracia" que todavía dura. Dura bastante. Creo que ahí se conjugan dos elementos que son gravitantes en lo que podría llamar el malestar en la cultura en este momento en Chile. Primero, la instalación de un modelo económico que ha traído mucha modernización, entendida como se entiende, digamos, en la economía, es decir, un enriquecimiento económico. Descontando los últimos dos años, en que ha habido una situación de

* El Dr. Juan Pablo Jiménez es psicoanalista miembro de la Asociación Psicoanalítica Chilena. Entrevista realizada el 31 de mayo de 2001.

** La Dra. Matilde E. Vitullo es miembro de SAP.

crisis, desde la llamada crisis asiática, el crecimiento de Chile en la década anterior duplicó el ingreso *per cápita*. Pero el informe que hizo el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, en los años '96 al '98, a través de una serie de métodos cualitativos y cuantitativos de investigación psicosocial y sociológica, mostró que, si bien más del 50% de los chilenos decía que vivía mejor en el sentido de que tenían más vías de acceso a los frutos de la modernización, cerca del 90% decía que era más infeliz que antes. Entonces ahí estamos en el centro de la problemática de Freud de *El malestar en la cultura*. Ese es un elemento. El elemento del triunfo, por así decirlo, de la imposición de lo que se ha llamado la razón instrumental, que es el uso, digamos, de todos los medios a los cuales puede tener acceso el ser humano para alcanzar fines de crecimiento y modernización. Pareciera que el gran malestar en mi país en este momento en relación con esto, tiene que ver con que no hay espacios de comunicación, espacios gratuitos de encuentro y solidaridad. Estamos todos corriendo como locos para alcanzar los citados fines. Y eso, al parecer, hace daño al ser humano. Nosotros, los seres humanos, no somos sólo seres instrumentales sino que también necesitamos espacios gratuitos y yo creo que también allí hay una fuente de malestar en la cultura importante, en lo cual creo que el psicoanálisis tiene mucho que hacer. Y el segundo foco de malestar en este momento es la secuela de la enorme violencia político social que vivimos en la época de la dictadura. En realidad, desde los años anteriores, momento en el cual la polarización era enorme, en la represión, en los asesinatos, en fin, todo aquello que es conocido en muchos de estos llamados "procesos" latinoamericanos. Y ahí lo que yo he observado es que ha habido una evolución en estos diez años. Ha ido cambiando y transformándose casi como en un proceso terapéutico, en el cual al principio lo que predominaba como afecto principal era el miedo, digámoslo así al menos para ordenar, y junto con el miedo la negación, el olvido, el no querer hablar de esos temas. Los desaparecidos estaban desaparecidos y nadie quería hablar del tema. Estamos ahora en un período en el cual ha empezado a predominar la vergüenza como afecto residual. La vergüenza, como se sabe, psicoanalíticamente, es un afecto señal que tiene que ver con el sentido de la propia identidad, de que hay algo que no calza en la visión que tenemos de nosotros mismos y que proyectamos hacia los demás, por eso es que la vergüenza es un regulador psicosocial muy impor-

tante. Cuando algunos antiguos torturadores que han sido tomados presos, que han sido condenados, han reconocido lo avergonzados que se sienten por haber hecho lo que hicieron... Porque ha habido algunos testimonios en los últimos dos años. Y cómo mintieron y cómo se sienten terriblemente avergonzados frente a sus propias familias, frente a las cuales negaron siempre sistemáticamente haber hecho lo que hicieron. Cuando uno escucha esos testimonios, y cuando uno ve otros indicios en la sociedad, se da cuenta de que en este momento hay muchos indicios de vergüenza. Incluso la experiencia mía personal como *Chair* del Comité de Organización del Congreso Internacional de Psicoanálisis que se realizó en el '99, me hizo y *nos* hizo, digo yo, a los psicoanalistas chilenos, vivir una experiencia bastante intensa, a propósito de esa crónica que uno de nosotros hizo acerca de la historia reciente del país, y a propósito de la cual muchos colegas extranjeros nos hicieron ver que nosotros estábamos, por lo menos, viendo las cosas desde una perspectiva que ellos estimaban como minimizadora, negadora, no sé. Y cómo eso desató en el interior nuestro toda una problemática y una inquietud ... la cual a mí, personalmente, me hizo sentir vergüenza, me hizo sentir vergüenza de ser chileno. Me hizo sentir vergüenza, precisamente, por la incapacidad de poder estar lúcidamente... es decir, de todos los compromisos que tuvimos que hacer para rescatar la democracia. A pesar de que no era una cosa personal, porque en esa época yo estaba fuera del país. Sin embargo, solidariamente con mi grupo, yo sentí mucha vergüenza. Y eso me hizo pensar, y todos esos testimonios me hicieron pensar que en este momento en la sociedad chilena está predominando la vergüenza. Creo que cuando elaboremos esta vergüenza se va a dar origen al predominio de la culpa y en ese momento creo que la sociedad va a estar en condiciones de poder reparar de otra manera, un poco más eficiente, y de integrar todo lo que pasó en esos períodos oscuros de nuestra historia nacional. Entonces, el malestar en la cultura yo lo ordenaría en relación con esos dos frentes. El desarrollo de la sociedad de consumo y toda esa parte de la historia reciente de polarización política y de represión y todas las transacciones que tuvimos que hacer, digamos, como sociedad, para recuperar o para volver a la democracia. Lo que pasa es que se ha ido profundizando la democracia en estos años pero bueno, la otra fuente de vergüenza enorme fue, precisamente, cuando detuvieron a Pinochet, y vimos que el gobierno en masa defendía la

soberanía nacional para juzgar a Pinochet —con razones muy entendibles desde el punto de vista político u otros puntos de vista—. Pero, aunque entendíamos las razones, o incluso cuando sabíamos —yo personalmente sabía—, que había una estrategia pensada para traer a Pinochet y juzgarlo acá, es decir en el país, cosa que, en realidad, se ha hecho. En ese momento era bastante improbable, es decir era difícil que eso sucediera, pero había una estrategia. Aún así, sentíamos una profunda vergüenza porque no sabíamos cómo explicar esto. Bueno, esas son las cosas que yo te podría decir respecto del malestar en la cultura de mi país.

¿Podrías mostrarnos con un ejemplo práctico de qué forma, a tu parecer, el psicoanálisis podría intervenir en el desarrollo de la salud mental y la moral social de los pueblos?

Mira..., en realidad esta es una pregunta cuya formulación no me hace sentir cómodo porque, la verdad es que yo creo que no..., no... En una época se pensaba que si Hitler o Stalin se hubieran psicoanalizado no habría habido segunda guerra mundial, o no habría habido holocausto; yo creo que eso corresponde a una idealización exagerada del psicoanálisis. En ese sentido yo tengo una posición, si no pesimista, por lo menos bastante realista acerca de lo que el psicoanálisis puede hacer. Yo creo que hay fuerzas muchísimo más grandes y yo, en ese sentido, me siento muy identificado con las palabras de Freud al final de *El porvenir de una ilusión* de 1928, donde dice que la razón —yo creo que se estaba basando aquí en *la razón psicoanalítica*, o sea una razón que es capaz de tomar conciencia o se hace cargo de los determinantes inconscientes de la conducta, posiblemente de las pulsiones agresivas—, “tiene una voz muy débil” decía Freud, y se va a ir imponiendo pero... muy, muy a la larga, decía. Esto fue antes de *El malestar en la cultura*, en el año ‘28, y después, en el año ‘30, al finalizar el libro *El malestar en la cultura*, la verdad es que Freud era, quizás, un poco más pesimista porque dijo que la lucha entre Eros y Tánatos, la verdad es que... no está decidida y sólo el futuro nos dirá en qué va a terminar esto. Entonces yo prefiero ser... porque pienso que, fácilmente el psicoanálisis se convierte en una suerte de ideología también y, la verdad es que, cuando hay demasiado optimismo yo creo que hacemos más daño que bien.

Bruno Bettelheim decía que el psicoanálisis no le había salvado la vida pero sí lo había ayudado a sobrevivir. ¿Cómo podría el psicoanálisis colaborar con las otras disciplinas para que el humano no tenga siempre que sobrevivir a las desgracias producidas por los mismos humanos?

Bueno, estamos más o menos en la misma pregunta pero yo, de todas maneras, tengo confianza en que el psicoanálisis nos hace un poco menos ingenuos y un poco más sabios pero, obviamente, es un trabajo lento. En mi país el psicoanálisis recién en los últimos años, diría yo, está teniendo una cierta influencia en lo que son los análisis sociales, digamos con sociólogos; y los políticos, algunos por lo menos, están interesados en este tipo de términos. Antes había una falta de sofisticación enorme en la clase dirigente y la clase intelectual respecto del psicoanálisis. Quizás porque nuestra sociedad está un poco más madura, o porque los procesos democráticos están más avanzados, tengo la impresión de que ahora hay condiciones para que el psicoanálisis pueda tener alguna voz de interlocución con las otras disciplinas. El mismo informe del PNUD al que te hice referencia es bien impresionante por la manera en que incluye una cantidad de conceptos que en realidad, aunque no lo dice, son psicoanalíticos en su origen. Además, hay otra cosa que me ha impresionado en este último tiempo. A propósito de una investigación en Salud Mental hemos estado estudiando a algunos sociólogos, especialmente algunos libros de Anthony Giddens, sociólogo inglés, uno de los que sustentaron el proyecto político de Tony Blair, que es la renovación del partido laborista, y la verdad es que incluye muchísimos conceptos psicoanalíticos. No sólo conceptos, sino autores psicoanalíticos como Kohut, como Winnicott, que son revisados y son leídos desde una perspectiva sociológica. La sociología en este momento, después de pasar por concepciones más ideológicas, marxistas, estructuralistas, está ahora con un modelo más cercano a la psicología social; se halla muy preocupada por el problema de la identidad y por el impacto que tienen los cambios sociales en el individuo, y yo creo que ahí el psicoanálisis está siendo redescubierto por la sociología y también por la política. Bueno, lo que estoy diciendo es muy general.

¿De qué modo crees que el psicoanálisis contemporáneo podría ser admitido como indicación terapéutica contemplada en los nomencladores de prestaciones asistenciales?

Tú sabes que nosotros hemos llegado bastante atrasados a esta carrera. Digo esta carrera porque, la verdad es que la psicoterapia... O sea nosotros, los psicoanalistas, en realidad, pudimos mantener la ilusión de que éramos profesionales liberales tratando a pacientes particulares con contratos privados sin ingerencias de terceras partes, mientras la psicoterapia constituía una economía prácticamente artesanal con muy poco impacto; o sea, en cuanto a la cantidad de plata que se trabajaba, era mínima. Eso lo explica muy bien Anthony Giddens. En una sociedad posmoderna en la cual los cambios son muy rápidos, cada vez más necesitamos de expertos para que nos digan qué es lo que tenemos que hacer, porque el saber de la sociedad tradicional en la cual todo estaba dado ya no es así sino que, mes a mes y año a año queda obsoleto, cambia, y uno tiene que estar en constante aprendizaje de nuevas destrezas y constantemente reflexionando sobre uno mismo en función de ese nuevo desafío. Bueno, en esa nueva sociedad, los psicoterapeutas pasamos a convertirnos en los expertos a los cuales recurre la gente para construir el sentido de la vida. Así lo pone Giddens. El sentido de la vida en la sociedad premoderna estaba dado por la religión, o por la naturaleza, en cambio ahora no está dado y cada día lo va a estar menos. Así que al sentido tenemos que descubrirlo y construirlo, hacerlo, y es cada vez más difícil. Esto tiene que ver con la crisis de las identidades. Este "sentido", en la sociedad urbana, posmoderna o de modernidad tardía, en países posindustriales de democracia avanzada se ha convertido en un objeto de consumo masivo y hay que definirlo así. Porque la cantidad de billones de dólares que se transan en este momento es enorme. En los Estados Unidos hay como doscientos mil psicoterapeutas. Es enorme la cantidad de dinero. Entonces, cuando hay mucho dinero que se transa, inmediatamente las agencias estatales, las agencias económicas empiezan a intervenir ahí. Y ahí es cuando aparece toda esta cosa de los seguros de salud y las actividades de co-pago, etc. Eso también está pasando en nuestro país. Nosotros estamos llegando un poco tarde porque la verdad es que estas agencias de salud y las autoridades de políticas de salud y el Estado en general necesitan manejarse con el

lenguaje habitual de la razón instrumental a la cual hacía referencia, o sea la relación de medios y fines, de costo/beneficio y costo/efectividad. Así es como funciona esta sociedad. Y la verdad es que el psicoanálisis está muy mal preparado para eso. Entonces ahí hay otro tipo de psicoterapias que han llevado la delantera. En este momento, por ejemplo, en Chile se está implementando un Plan Nacional de Salud Mental y uno de los programas es el de *la depresión*. Se trata de un Plan Nacional muy avanzado en el cual hay toda una red asistencial en Salud Mental en el país entero; hay consultorios de Atención Primaria cerca de la comunidad con niveles de atención secundaria, con una serie de instituciones como hospitales diurnos, etc. etc. y se está trabajando en relación a programas. Y uno de los programas es el de depresión que incluye una serie de tratamientos ya muy establecidos con un flujo así: el paciente deprimido entra y se le da durante tanto tiempo un medicamento de tal característica, etc. Y hay una intervención grupal de seis sesiones, cognitivo conductual. Yo, por lo que sé de investigación en psicoterapia, sé que una intervención interpersonal o una intervención de grupo dinámico daría exactamente lo mismo, sin embargo las evidencias que existen, es decir, los estudios empíricos contrastados, controlados, son solamente de terapias cognitivo-conductuales. Entonces nosotros estamos un poco atrás. Habiendo dicho eso creo que, en todo caso, debo decirte también que en psicoanálisis y en terapias analíticas hemos progresado mucho en los últimos años sobre la investigación empírica, para mostrar a la sociedad que también nuestras terapias son eficaces. Ha habido un verdadero *boom*; yo pertenezco al Research Advisory Board, que asigna los fondos separados por la IPA para financiar investigaciones, y la verdad es que la cantidad de proyectos que ha habido es muy grande. Por otra parte, en todo caso, nosotros tenemos que hacer algunos cambios en nuestra percepción de la terapia analítica. O sea, dejar de pensar en el psicoanálisis como forma de terapia definida de acuerdo a la concepción clásica, como una terapia intensiva de cuatro o cinco veces por semana, con diván, etc., como la única forma de terapia psicoanalítica. Debemos pensar que el método psicoanalítico y la terapia psicoanalítica comprende un espectro de terapias de distinto tipo, de las cuales el psicoanálisis es sólo una. Y debo decir que todos los estudios epidemiológicos y los estudios empíricos muestran que el psicoanálisis clásico es la aplicación menos frecuente. Entonces lo que tenemos

que hacer es trabajar mucho más las indicaciones y las técnicas de las distintas psicoterapias. Creo que hay toda una teoría de la técnica de la psicoterapia que ha sido un poco el pariente pobre; porque en los congresos todos hablan de psicoanálisis, pero los psicoterapeutas que tienen una teoría, que se han desarrollado en Inglaterra, en Alemania o en los Estados Unidos, generalmente son considerados como los parientes pobres porque no hablan de las grandes teorías o grandes hermenéuticas. Sin embargo, creo que ellos son los que nos van a dar la respuesta y la salvación. Yo creo que ellos van a ser cada vez más importantes.

¿Podrían ser necesarios cambios importantes en la forma de implementación técnica del psicoanálisis para que éste pudiera ser aprovechado más ampliamente por un mayor número de sujetos y otro tipo de poblaciones diferentes a las de las grandes ciudades?

Yo escribí un trabajo para una conferencia que di en Montevideo, al que llamé *El psicoanálisis en la construcción de una psicoterapia como tecnología apropiada*. ¿Qué significa esto? El concepto de *tecnología apropiada* es un concepto que fue acuñado en los años sesenta en la época de la ayuda a los países pobres, cuando empezó todo esto de la transferencia tecnológica. Se descubrió que cuando había una ayuda de los países ricos a los países pobres y se transfería tecnología, muchas veces esa tecnología transferida producía acciones más bien nocivas que beneficios. Por ejemplo, se ponía tecnología muy sofisticada para desalinizar el agua o para hacer agua potable, pero eso destruía las organizaciones sociales que había, producía desempleo y, además, a veces producía otra serie de efectos ambientales secundarios indeseables. Entonces se descubrió todo un desarrollo en el concepto de *tecnología apropiada* de que era posible, a partir de las realidades del Tercer Mundo, desarrollar tecnología que tuviera la misma eficacia pero que utilizara sobre todo energía alternativa. A mí se me ocurrió que el psicoanálisis, en nuestros países, también tenía que hacer eso. Teníamos que pensar qué era lo esencial y teníamos que aprovechar los recursos y las tradiciones de nuestros países para desarrollar clínicas psicoterapéuticas que, sin dejar de ser psicoanalíticas, puedan aplicarse creativa y sensiblemente de otras maneras. Ya había algunos avances en el sentido de que, por ejemplo, un

terapeuta más activo, una terapia que trabajara más con el concepto de foco, que considerara la relación costo/beneficio, en fin, una cantidad de cosas. Yo creo que eso es lo que tiene que hacer el psicoanálisis pero para eso, nuevamente, *tenemos que salirnos del esquema*. Creo que lo más importante es que nos tenemos que salir de este falso dilema que, en realidad, está desde los orígenes y ha producido mucha confusión en el psicoanálisis; es este dilema entre lo que podríamos llamar las metas analíticas y las metas terapéuticas. Es un problema epistemológico bastante complejo, que ha sido definido como la tesis de la yunta entre el investigar el inconsciente y la cura. En el sentido de que muchos dicen —lo dice Lacan, lo dice Bion, lo dice una cantidad de gente y yo creo que es una manera muy psicoanalítica de pensar—, que hay que interpretar el inconsciente, y la cura va a venir por añadidura. Creo que —y en eso estoy de acuerdo con Sandler— es muy improbable, muy difícil, imaginar que un analista deje de pensar en términos terapéuticos, por mucho que diga que está buscando el inconsciente. Porque eso es la verdad. Incluso a esta altura creo que va a ser, cada vez más, considerado inmoral en cuanto a que no es ético. Ese es un núcleo acerca del cual tenemos que pensar mucho más: la investigación de esta yunta, de esta unión inseparable, para formularla en términos más realistas. Sin perjudicar las metas, digamos, de comprensión del inconsciente.

Y ahí, probablemente podamos ser incluidos en los nomencladores...

¡Exactamente!

¿Cuál de los embates que debe soportar el psicoanálisis le parece más difícil de enfrentar: el proveniente de sus enemigos, o el de sus amigos cuando éstos plantean verdaderos desvaríos?

Esta es una pregunta capciosa, Matilde, porque es difícil de contestar. Mira, la verdad es que a mí personalmente —te voy a ser muy franco— no me preocupan los ataques de los enemigos, no me asustan ni me preocupan; incluso al contrario, te voy a confesar un asunto que puede sonar herético: me siento cómodo con ellos. Quizás por mi formación o por mi misma biografía, ya que antes de estudiar medicina estudié filosofía, incluso en mi

adolescencia fui muy religioso, hasta quise ser sacerdote en una ocasión. Después me metí bastante en política en la época de la Universidad; he sido psiquiatra, he trabajado en la Universidad, entonces la verdad es que yo pienso también desde otros puntos de vista. Yo no me concibo desde el monismo, no me concibo desde una posición exclusivamente psicoanalítica. O sea que desde siempre me pienso y pienso las cosas desde un pluralismo. Pienso que el pluralismo epistemológico es inevitable, y que el psicoanálisis, por mucho tiempo, funcionó en la práctica como creyendo que existía una verdad única. Eso no existe. Eso es imposible, por muchas razones que no vienen al caso explicar acá. La verdad es que muchas veces debo acordar con los “enemigos” porque les debo encontrar razón. Yo prefiero, más bien, aceptar las críticas y ver qué hay de verdad en ellas. Entonces, en ese sentido, y esto sería lo herético —y quizás es una de las características del psicoanálisis contemporáneo de extrema pluralidad— muchas veces me siento más cómodo con gente que no es psicoanalista que con psicoanalistas. Y eso es una tragedia en realidad, porque hay muchos colegas a quienes no les entiendo cuando hablan. Y en una circunstancia en la que ya no puedo haber estudiado más de lo que estudié, porque me he pasado toda la vida estudiando. ¡Y no les entiendo cuando hablan! ¿Qué puede significar eso? Fíjate que una vez yo estaba discutiendo con unos colegas en un congreso acerca de cualquier cosa (psicoanalítica) y, después de estar razonando la discusión, al final uno me dijo: “No, no podemos seguir discutiendo”. “¿Por qué?” “Porque, mira, de acuerdo a la tesis de Kuhn de la incommensurabilidad de las teorías, tú estás definiendo el objeto desde otro marco teórico” (exactamente estas palabras), “por lo tanto, en realidad, estamos hablando de cosas que son absolutamente distintas, entonces no podemos seguir conversando”. Me quedé perplejo, porque estábamos hablando de lo mismo; éramos dos psicoanalistas en un congreso psicoanalítico y mi colega dio por finalizada la discusión. Entonces me dije: este es el uso de la epistemología como defensa. Pero debemos decir que hemos permitido que eso suceda. De todos modos, me pareció ¡sorprendente! que hayamos llegado a ese extremo. Me pareció imposible. Me pareció muy desquiciado, entonces tú tienes ahí la respuesta.

¿Qué propondrías como fundamental para la formación de un psicoanalista del siglo XXI?

Mira, en este punto el asunto es que, quizás, habría que hacer una cierta reflexión previa. Yo diría que nuestras instituciones psicoanalíticas, desde el principio han confundido, o no han distinguido suficientemente entre los aspectos científicos, los aspectos profesionales, los aspectos gremiales. Y la verdad es que por momentos nos vemos como una Sociedad Científica y hablamos del psicoanálisis como una ciencia. Pero la verdad es que con la mano izquierda estamos defendiendo nuestra profesión y tenemos toda una carrera de desarrollo profesional que tiene todo un impacto. Hay una cantidad de dinámicas de grupo en las sociedades que lleva a escisiones. Aquí mismo en la Argentina he hablado con algunos colegas que, por ejemplo, estuvieron en esta primera escisión de APA vinculada a APdeBA, porque estaban insatisfechos con ciertas situaciones institucionales y después de —¿cuánto llevan?— treinta años o veintitantos años, han reconocido que, en realidad, se han vuelto a reproducir los mismos problemas. Entonces pareciera que hay un problema básico en nuestras instituciones psicoanalíticas que todavía no hemos sido capaces de reconocer y enfrentar; pareciera que hay un problema como que hubieran nacido por parto distósico, porque hay una cosa estructural que hace que sea muy difícil de solucionar. Yo no tengo esa respuesta. Tendríamos que ver si es posible. A mí se me ocurre pensar que habría que separar muy bien las cuestiones educacionales de las cuestiones de la Sociedad. Yo siempre he tenido la fantasía de que este sistema de los análisis didácticos, a los que esta estructura les da un enorme poder. Se han hecho muchas reformas, pero para mí lo ideal sería —siempre que hubiese dos sociedades en una ciudad—, que todos los análisis se hicieran en una y todo lo demás en la otra, de modo que no hubiera realmente ninguna conexión. Porque creo que las transferencias cruzadas y enredadas son tan dañinas que es muy difícil de llegar, no hay *setting* además como para poder analizarlas, entonces hay que aplicar medidas administrativas que son muy difíciles de aplicar para los psicoanalistas, porque tendemos siempre a interpretar todo, y se crean climas paranoides. Es muy complicado. A mí se me ocurre que tal vez tendríamos que adoptar un modelo un poco más universitario para nuestros institutos, pero no sé muy bien cómo.

No sé si dentro de la Universidad. Porque la Universidad es un poco difícil o como institutos privados, particulares, en fin, pero con alguna estructura universitaria. Eso sería en cuanto a la estructura; como te digo, creo que ahí hay una reforma pendiente, pero creo que tenemos que hacerla. Más allá de lo que ya se ha hecho, que ha sido democratizar la institución, creo que falta mucho, tenemos que pensar más ahora en una nueva institucionalidad psicoanalítica. Aparte hay también, por otro lado, reformas en relación con esto de la formación. Reformas curriculares, o sea que hay ciertas áreas que nosotros ignoramos totalmente porque hubo un estancamiento del progreso especialmente en la segunda mitad del siglo XX en estas áreas, que es la relación del psicoanálisis con todas las disciplinas vecinas: especialmente con las neurociencias por un lado o también con las ciencias sociales, con las ciencias humanas. Yo querría que los psicoanalistas se formaran mucho más en eso. Mira, hay una manera de estudiar el psicoanálisis que a mí no me parece buena. Estudiamos, en general, el psicoanálisis no en torno a los problemas sino en torno a autores. Te has fijado que se estudia a Freud, o la evolución del pensamiento de Freud como si Freud fuese un filósofo. La historia del pensamiento psicoanalítico en Freud. Después, algunos estudian a Lacan de la misma manera, otros estudian a Bion, otros estudian a Meltzer y entonces uno es especialista en autores. Pero cuando uno estudia estos autores, autores relevantes y destacados dentro del pensamiento psicoanalítico, uno se da cuenta que esos autores han lidiado con problemas, con problemas del conocimiento psicoanalítico y han desarrollado teorías a propósito de soluciones o de clarificación de los problemas que se presentan, pero proponen pensamientos. Entonces nosotros, rápidamente, en una especie de segunda generación nos transformamos en maestros y empezamos a repetir lo que dijo Lacan, lo que dijo Bion, lo que dijo Meltzer o lo que dijo Freud también entre ellos, pero ya dejamos de pensar en términos de problemas. Entonces, los problemas actuales no los podemos pensar como problemas porque esos doctores no tenían respuesta para esos problemas, porque la tenían para los problemas que eran de ellos, de esa época y no problemas de ahora. Entonces tendríamos que pensar, y también es muy difícil hacerlo. En nuestro Instituto estamos haciendo una reforma curricular y yo planteé que tendríamos que hacer un seminario sobre los problemas contemporáneos del psicoanálisis. Me pidieron a mí que yo lo hiciera y tuve

bastante dificultad. Claro: un seminario, el problema del pluralismo teórico, el problema de la fragmentación del conocimiento psicoanalítico, el problema de la crisis institucional, de la crisis educacional como problemas, para ver si es posible un seminario en que pensemos acerca de esos problemas y veamos cuáles son los intentos de soluciones, si es que los hay —vamos a descubrir que hay muchos para los que todavía no hay— que no hay autores, y ojalá que no haya nunca autores, o que haya muchos, que podamos pensar entre todos.

Y entrar en el neorrealismo científico para aproximarnos a nuestro objeto de estudio...

En ese sentido, tienes razón. Tendríamos que ser capaces de cambiar la mentalidad en nuestras instituciones.

¿En qué punto se encuentra en tu país el diálogo Psicoanálisis/Universidad?

La verdad es que en los últimos años se nota un aumento del interés de la sociedad en el psicoanálisis. Coincide, yo creo, con el Congreso Internacional de Psicoanálisis. Eso, desde luego, repercute de alguna manera en la Universidad. Tradicionalmente la relación del Psicoanálisis y la Universidad en Chile se ha dado a través de la Escuela de Psicología y de las Escuelas de Medicina. En ese sentido, ha habido una relación bastante estable y permanente desde principios de los años cincuenta, cuando Ignacio Matte Blanco fundó la Asociación Psicoanalítica Chilena. Era el profesor titular y el catedrático de psiquiatría de la Universidad más importante, que en ese momento era la Universidad de Chile y se fundaron las primeras escuelas de Psicología y había muchos psicoanalistas allí. Con los avatares posteriores, ahora somos una posición dentro de muchas... pero sigue habiendo una presencia importante. Ahora, en algunas otras áreas hay una presencia creciente también, por ejemplo en las artes; me refiero al arte dramático, en una escuela de teatro en la cual psicoanalistas trabajan con profesores y con actores, donde hay un desarrollo interesante. Hay algunos desarrollos también en otras áreas de las ciencias sociales pero creo que indirectamente, a través de

este vuelco de la sociología hacia el psicoanálisis, que creo es un vuelco internacional, de los últimos diez a veinte años. Creo que está repercutiendo mucho porque los científicos sociales están más interesados en buscar formación psicoanalítica. Otro desarrollo también que a mí me ha interesado mucho, y me he preocupado mucho en desarrollarlo, es la relación del psicoanálisis y la teología. Tú sabes que Freud, siendo un ateo o un judío ateo, como él mismo se denominó, hizo una profunda crítica a la Religión y la verdad es que, desde el punto de vista de la Psicología de la Religión fue quien más se preocupó del fenómeno religioso en el siglo XX, como psicólogo. Los aportes de Freud en cuanto a la crítica religiosa son innegables, y todavía eso no ha sido tramitado por la teología, especialmente por la teología católica. Nosotros hemos organizado reuniones y simposios con teólogos católicos sobre esos temas. Y es una veta, un filón de ahora, es lo más interesante que hay. En este momento yo estoy leyendo un libro, es de un chileno de mi generación, un poco mayor que yo, que es un ingeniero que escribió una novela, que se llama *Yo pecador*, una novela muy buena que salió hace poco, hace unos meses, no más. Es la historia de un cura, muy especial, un cura posmoderno, diríamos, ya que en la novela el cura se psicoanaliza. Entonces salen sus charlas con el psicoanalista y eso habla de un cambio en el clima y de una incorporación, de una suerte de evolución. Yo creo que en los teólogos luteranos ha influido mucho más la problemática psicoanalítica, la problemática de la subjetividad. Porque para los teólogos, especialmente los católicos, en todo este desplazamiento de la religiosidad que ha hecho la modernidad, consideran que la subjetividad es el último bastión de la vida religiosa. Y es ahí donde el psicoanálisis, ciertamente, ataca a veces. O sea que tienen todavía mucha desconfianza. Sin embargo ya se ven ciertas evoluciones, también dentro de la Teología, que yo creo que permiten un diálogo. Y, bueno, esos son los desarrollos que en este momento se me ocurren. ◆